

“Floración de marzo” de David Mejía Velilla: Contemplación, trascendencia y libertad

Erasto Antonio Espino Barahona^{1,*}

¹Profesor, Facultad de Humanidades y Ciencias Religiosas, Universidad Santa María La Antigua (USMA), Apartado Postal 0819-08550, Panamá, República de Panamá. eespino@usma.ac.pa

*Autor para correspondencia.

Recibido: 24 de noviembre de 2014

Aceptado: 5 de diciembre de 2014

He querido titular este ensayo de investigación literaria sobre el poema “Floración de marzo” del colombiano David Mejía Velilla con un trío de palabras: “contemplación, trascendencia y libertad”, quizás porque en la simbología numérica, el tres habla de plenitud y de perfección y esta comunicación mía aun fragmentaria y conjetural— quiere cercar, aferrar, si se quiere, la idea de plenitud. No la plenitud de este gesto crítico —el cual es ciertamente limitado—; sino la plenitud del contenido, de la realidad histórica a la que alude el poema.

Esta plenitud tiene que ver con un cruce, con una inflexión fundamental en la historia: la irrupción de lo Divino, del Misterio en el camino de los hombres. Teológicamente esta realidad mediante la cual expresamos que lo Absoluto entra humanamente en nuestra sociedad se llama “*encarnación*”¹. Dios entra, Dios camina, Dios asume la humanidad y esta cercanía, esta inserción desencadena una infinita posibilidad de libertad. La posibilidad de hombres y mujeres de ser plenamente lo que somos: seres amantes, racionales y libres. Y esto es así porque el Amor, la Razón, la Libertad se han hecho accesibles. Desde el momento de la encarnación podemos acceder a estos bienes ontológicos —a estos valores—, al poder vincularnos —en la Historia— a la Fuente o Dador de los mismos.

Con esta comunicación quisiera textualizar una *experiencia* de lectura que se corresponde con la así llamada “experiencia teologal”. Al respecto, Henry Bouillard (1984, 134) señala que dicha experiencia aunque “no es universal puede comunicarse a todos por el lenguaje” y que su expresión varía según

¹ El concepto de **encarnación** es una categoría teológica esencial con la que se significa el “acto por el cual el hijo de Dios hizo suya la humanidad, tomado un alma y un cuerpo de hombre. La palabra viene del griego *sarx*, que quiere significar *carne*, y ha sido inspirada en la expresión de San Juan: “El Verbo se hizo carne” (1, 14) (Bouyer, 1990, 239). En un sentido moderno, puede traducirse encarnación como el acto a través del cual Dios se “ha hecho hombre”. Este acto implica “la idea de que la encarnación ha tenido la finalidad de la salvación de la humanidad caída” (p. 243).

“la historia de las culturas” y “la hermenéutica propia de cada época”. Y explica cómo, desde la perspectiva experiencial:

A la afirmación y el conocimiento de Dios no se llega por un razonamiento concreto y rigurosamente construido, sin por una percepción y una experiencia que se efectúan en el seno del acto religioso, mediante la apropiación libre y personal de una tradición religiosa. (...) La palabra *experiencia* indica aquí que el conocimiento de Dios no es innato en el sentido estricto del término, ni algo aprendido de oídas o aceptado por simple enseñanza autoritaria, ni tampoco la simple conclusión de una demostración, sino que se llega a él recorriendo un *camino* espiritual, en el curso del cual se termina por descubrir lo que se ignoraba o se desconocía anteriormente.

Dicho lo anterior, puedo afirmar que la percepción lectora y la experiencia espiritual que deja “Floración de marzo” es la de un poema esencial y sugerente que narra un hecho excepcional: el encuentro entre lo Divino y lo Humano, visto por un hablante-testigo que habita el mundo del texto. Su lectura produce en el lector, una mirada que es contemplación, esto es, un acto que lo saca de sí mismo y le permite, gracias a la ficción poética, una observación intensa e incluso, participante. De modo que uno como lector contempla un acontecimiento o, mejor, el Acontecimiento. Se otea, se intuye la trascendencia, el hecho de que ocurre algo imprevisto que viene del más allá y nos lleva a nuevos territorios. Algo que nos libera de las trampas de la Historia, al entrar en ella la novedad de un Dios hecho hombre. Este hecho, don imprevisible, ocurre gracias al gesto de una mujer que dice “sí”, para acoger en sí el Misterio y permite recuperar la libertad perdida de una humanidad que, en palabras del autor (Mejía, 2001, 195)²:

“No podía
ya más
que bajar
y bajar”.

“Floración de marzo” aunque escrito como un texto solo, sin cantos ni subdivisiones, presenta una secuencia narrativa que como todo relato establece un orden que articula una serie de acciones. Intercalando éstas con la mirada subjetiva de un hablante poético que reflexiona sobre el hecho de que “Él / ha bajado / a la tierra” (vers. 5-7). Los núcleos de dicho orden señalan varias secuencias:

- En primer lugar, se da un anuncio en el que diversas “voces” nos indican un encuentro. El poema habla de “la Voz”, “las voces” y “los seres” que dan fe del encuentro entre dos personajes: “Él” y la “Tierra” (págs. 192-193).

² Todas las citas del poema están tomadas de: Mejía Velilla, David. *Canto continuo*. San José. Promesa, 2004

- En segundo lugar se explica la particularidad, “el modo” y consecuencias de dicho encuentro con una brevísima alusión a la filosofía griega (págs. 194-196).
- Ente tercer lugar, el hablante poético describe y reflexiona ampliamente sobre: 1) el marco temporal y espacial del encuentro y 2) el diálogo posible entre un personaje masculino de nombre Gabriel y otro femenino, una mujer sencillamente denominada “Ella”. (págs. 196-198).
- En cuarto lugar, el hablante —que ha actuado como narrador de las distintas secuencias—, profundiza en el mundo interior de esta mujer y en el diálogo entre “Ella” y “Gabriel”.
- Finalmente, el poema se orienta en dos direcciones: una en la que reaparece el personaje inicial (“Él”) y otra en el que se vuelve a describir como “Ella” acoge el diálogo y se sugiere el cierre de una etapa y el advenimiento de otra, nueva.

Esta sencilla estructura narratológica trae y desarrolla ante los ojos lectores una escena conocida. La de la Anunciación. Para mayor comprensión del poema, veamos su intertexto original donde se cuenta el anuncio de la encarnación del Hijo de Dios, en los siguientes versículos bíblicos:

En el sexto mes, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen que estaba comprometida con un hombre perteneciente a la familia de David, llamado José. El nombre de la virgen era María. El Ángel entró en su casa y la saludó, diciendo: « ¡Alégrate!, llena de gracia, el Señor está contigo». Al oír estas palabras, ella quedó desconcertada y se preguntaba qué podía significar ese saludo. Pero el Ángel le dijo: «No temas, María, porque Dios te ha favorecido. Concebirás y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús; él será grande y será llamado Hijo del Altísimo. El Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará sobre la casa de Jacob para siempre y su reino no tendrá fin». María dijo al Ángel: « ¿Cómo puede ser eso, si yo no tengo relaciones con ningún hombre?». El Ángel le respondió: «El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso el niño será Santo y será llamado Hijo de Dios. También tu parienta Isabel concibió un hijo a pesar de su vejez, y la que era considerada estéril, ya se encuentra en su sexto mes, porque no hay nada imposible para Dios». María dijo entonces: «Yo soy la servidora del Señor, que se cumpla en mí lo que has dicho». Y el Ángel se alejó³.

Será el lector quien conectándose con la tradición o ideología autoral, reconocerá en “Floración de marzo”, este relato fundacional del Evangelio de de Lucas. De hecho, cada uno de los personajes se corresponde con un referente bíblico. El personaje de “Él” no es más que el Cristo, la Tierra es el símbolo de la Humanidad a la espera de la Redención, “Gabriel” es el homónimo del arcángel responsable del anuncio y “las voces” y “los seres” son una especie de personaje paralelo en los que pueden

³ Para la referencia bíblica exacta, cfr. Lc. 1, 26-38. Puede consultarse también digitalmente en: http://www.vatican.va/archive/ESL0506/_PVJ.HTM

reconocerse otros agentes bíblicos (los ángeles, los profetas, etc.). El cuadro de personajes que recrean la escena sagrada se completa con la presencia del “Padre” y de la “Voz”, en clara alusión al concepto trinitario del Dios cristiano. El poeta parte de un consabido, de un saber cultural de raíz judeo-cristiana que da por supuesto en su lector, y sobre el que desarrolla y manifiesta una serie de apuestas axiológicas (estéticas, religiosas e ideológicas) que habitan el texto y constituyen el mensaje o los mensajes inscritos en “Floración de marzo”.

Aquí David Mejía instauro un juego estético con la cultura del lector. Dice y sugiere, oculta y muestra a la vez, sabiendo que la poesía —cuando es verdadera— juega a provocar un encuentro de subjetividades que tratan de entenderse, de escuchar y de comprenderse. Está la subjetividad del poeta que nombra algunos de sus personajes y la del lector que, a sabiendas del cristianismo subyacente en la poética del autor, lee sus sugerencias textuales y las devela. Esto habla ya de una poética particular en David Mejía. Una poética que valora la discreción, el juego sutil, la delicadeza, por encima de cualquier gesto retoricista o grandilocuente. Y en esto el poema viene avalado por la vida. Si bien este acercamiento no tiene ningún viso de la llamada “crítica de autor” que insistía en encontrar paralelismos entre la vida del escritor y su obra, si es cierto que se da una convergencia de sentido entre el talante del autor como hombre real y el tono que uno percibe en el texto. El poema sobresale por su sobriedad, su economía de medios expresivos, su delicadeza, diríase, incluso, su finura. Todo lo anterior en medio de un panorama estético —el actual— cargado de gestos exuberantes y trasgresores.

Para ahondar, puntualmente, en la dinámica axiológica del poema, pasaré revista a los versos correspondientes a las secuencias narrativas antes indicadas. Esta revisión la haré ahora, hermenéuticamente, es decir, interpretando desde el trasfondo bíblico judeo-cristiano los personajes presentes en la narración poética. Los valores del texto y el mensaje en ellos anclado aparecerán progresivamente en la medida en la que se avanza en la lectura del poema, el cual interpreto como una narración reflexiva que transmite el significado de la Encarnación / Anunciación y revela ficcionalmente aspectos inéditos o pocos conocidos de este hecho salvífico.

La primera secuencia —haciéndose eco de voces primigenias— destaca el hecho de la Encarnación: “Esto dice / la Voz, / esto dicen / las voces: / Él / ha bajado / a la tierra”, / Él / se ha hecho / Tierra, / de tierra / se ha hecho, / Él ha arraigado / en la Tierra, / crecerá, / morirá / y resucitará, / Él florecerá / en la Tierra, / y la Tierra / en Él, / Él fructificará / en la Tierra / y la Tierra / en Él” (pp. 192-193). El texto subraya cómo la encarnación representa el encuentro entre el Verbo de Dios y la Humanidad. Dos realidades antitéticas se hacen uno y se encuentran en la persona del Dios hecho hombre. No se trata —como en otras cosmogonías religiosas— de que la Divinidad asume la apariencia de lo humano, sino de subrayar cómo “Él” se ha hecho realmente de nuestra misma esencia, ya que no sólo “ha bajado a la Tierra”, sino que se “ha arraigado” en ella. El Hijo, entonces, asume las notas propias de la Tierra, de la Humanidad, a raíz de su encarnación y posterior nacimiento. Si Dios se hace hombre realmente y no metafóricamente, entonces lo que el poema expone y celebra es que Él ha asumido nuestra naturaleza, esto es, ha entrado en los límites del espacio y del tiempo, de la precariedad y de la finitud. Límites que no excluyen la experiencia límite de la muerte, ni el misterio

de la resurrección. Es notable cómo la repetición continua, casi letánica del vocablo “Tierra”, permite un gesto valorativo de gran significación, a la luz de la teología cristiana: a pesar de que la Tierra aparece como una realidad ontológicamente “inferior”, el poema la enaltece, al plantear que toda la misión y sentido de la venida del Verbo de Dios se realizará gracias a la Tierra y con la Tierra, nunca sin ella.

La novedad histórica (y teórica) del Hijo que llega a la Tierra se reitera en el cierre solemne con que termina esta primera secuencia: “Él / ya está / aquí”. La desnudez de artificios con la que se narra el hecho, fuera de la mancha tipográfica que deja cada palabra flotando sola en el verso, resalta el mensaje que se quiere dejar: el Infinito, el Innombrable, “el Misterio”— como diría Guissani (2006) ha entrado en nuestra realidad y forma parte de ella. De esta entrada intrahistórica, parece hacerse eco la Creación. A ello apuntan los versos que siguen, donde se nos dice que “los seres, / mayores / y medianos / y menudos” reiteran que “Él / ya ha bajado”, que “Él ya está aquí”.

Pero ¿cómo ocurre este acontecimiento? Si toda la misma tradición religiosa universal plantea el Cielo y la Tierra como realidades sobrenaturales excluyentes o radicalmente diversas la una de la otra⁴, ¿cómo se explica desde el diálogo fe/razón, esta posibilidad de un Dios “hecho Tierra”? El poema no pasa a explicarlo, caería en la pura teología si así lo hiciera y saldría de la esfera estética en la que naturalmente existe. Lo que sí hace es nombrar con algunos trazos las características de este “abajamiento”. Es un hecho distinto, inesperado, que rompe los esquemas intelectuales previos, con los cuales se había pensado la relación entre Dios y la Humanidad. De hecho, el poeta comenta:

Él ha bajado
a la tierra,
pero no de cualquier modo,
sino a su modo,
incomprensible
para la mollera

del Viejo
Aristóteles,

y un poco menos
para aquella

⁴ Según Chevalier (2000, 992-994), en el repertorio de símbolos culturales de las diversas tradiciones, la tierra aparece como lo opuesto al Cielo, como lo femenino, o encarnación de lo descendiente, lo oscuro, lo denso o lo fijo. Otro matiz de significación que asume el símbolo de la Tierra, es el de la maternidad, la fecundidad o la regeneración.

del buen Platón
y otras
luces antiguas.

Antes de esbozar una breve clarificación filosófica del porqué de lo “incomprensible” del modo cómo ocurre este encuentro entre Dios y la Humanidad, es necesario destacar un elemento de valoración intercultural, presente en estos versos. Fíjese que aunque es claro que la Encarnación resulta “rompedora” de los esquemas de la filosofía griega, el texto comenta casi amicalmente la discontinuidad entre dichos esquemas y el pensamiento cristiano. No hay anatemas, ni prevenciones. David Mejía lo advierte con trazos cariñosos, afectivos, como quien reconoce con realismo pero sin desafección los “límites” de Aristóteles, de Platón “y de otras / luces antiguas”. Por eso he dicho que hay una valoración positiva de la otredad cultural, de los contenidos y de los esquemas de su pensamiento. En otras palabras, es posible el aprecio y la estima de lo otro, aun si no hay plena convergencia intelectual o existencial.

Ahora bien, ¿por qué resulta incomprensible para la “mollera” griega el hecho de que el Verbo haya bajado a la Tierra? Para esclarecerlo voy a hacerme eco de lo dicho por José María Barrio (2004, 44) quien, en sus “Elementos de Antropología...”, señala:

Para el platonismo resulta por completo inaudito —imposible— el mero pensamiento de que el supremo Logos (Dios) abandone su puesto en la cumbre del mundo de las ideas. Trascendentalmente idéntica a la realidad de Dios, la idea de Bien, que ocupa la cumbre de todo el mundo noético, no puede rebajarse hasta el punto de formar parte del mundo sensible, esto supondría una degradación ontológica absoluta: la conversión del Ser en el no-ser.

Lo incomprensible para el pensamiento griego es tal cercanía entre Dios y el Hombre, dado que le resulta inadmisibles el que lo Absoluto se torne “tierra”. Por ello resulta más apreciable, entonces, el tono dialógico con el que el poeta presenta esta diferencia. Y al mismo tiempo, se entiende la novedad teórica que supuso para la dinámica de pensamiento occidental, la cuestión de la Encarnación.

Hay en este punto, sin embargo, otro aspecto axiológico relevante que tiene que ver con la dimensión moral. Fijémonos que el texto continúa y el hablante poético se interroga:

Y aún pregunto:
- ¿Era eso bajar?
- La Tierra
ha subido a Él,
porque
Él la ha subido,
Él ha subido

a Sí
a la Tierra.

como para amar,
como para jugar,

Él la ha subido
a Sí,

a Ella,
que no podía
ya más
que bajar
y bajar.

El poeta le da la vuelta a la perplejidad griega y plantea el hecho de que por amor, por el deseo vehemente del encuentro, Dios al asumir la humanidad, lo que hace es acercarse a sí dicha Humanidad, que según el texto se encuentra en un estado de indigencia moral. El abismo ontológico y la distancia ética entre Cielo y Tierra se colman por una libre iniciativa de lo Alto quien anhela “encontrarse / y amarse hasta juntos nacer, / Él, / por vez primera, / y Ella / una vez más, / la Única / también” (p. 195). El texto ha pasado entonces de la valoración intelectual de la encarnación como esquema inédito de pensamiento de la relación Dios y Hombre, a la Encarnación como encuentro, como espacio relacional de amor, de juego, de goce sponsal. El poema reitera la precariedad, el estado de turbiedad axiológica, la soledad y el extravío en que se encuentra la humanidad, pero no como una condenación sino para destacar la motivación de Aquél que ha venido a acompañarla “de una vez, / [y] para siempre” (p. 196).

La narración de “Floración de marzo” pasa a ahora a una tercera secuencia donde el hablante lírico cuenta, haciéndose eco de la tradición oral paleocristiana, el momento, el tiempo cronológico que se asigna secularmente a la Anunciación del Arcángel Gabriel a María: las calendas de marzo, es decir, los primeros días del mes. Se precisa incluso que todo acontece “cuatro días / de llegada / Primavera, (...) [cuando] aún las pequeñas / flores / de los campos / brillaban / bajo / el último / sol”. (Ídem.). La sencillez expresiva subraya un elemento fundamental de valoración: la descripción verosímil y realista que quiere reafirmar la idea clave de la Anunciación como un gesto de Dios inscrito en la historia real y ordinaria de la humanidad, específicamente en la vida de un muchacha hebrea que la Historia registra como María de Nazaret.

El poema sigue desarrollando el espacio, el habitat del acontecimiento y le hace entrada al personaje de “Gabriel”, definido por el hablante con tres trazos metafóricos: “leche / y miel / en los labios / estrella / en la mirada, / entre nosotros / el de mayor pureza” (págs. 196-197). La mención del arcángel logra varios cometidos: primero, inserta con claridad una clave de lectura que permite atajar la deriva del sentido, estableciendo en cuál tradición estético-cultural se ancla en el poema; en segundo lugar

establece un perfil semiótico valorativo de dicho personaje asociándolo a conceptos tales como plenitud, abundancia, luz y pureza. Todos signos bíblicos de la bendición divina. En tercer lugar, el enaltecimiento textual de Gabriel es un modo de honrar —dada la típica lógica relacional bíblica— a la destinataria de su mensaje. Valorar al personaje de Gabriel no es un fin en sí mismo, sino un modo de entronizar en el sistema de jerarquías del poema, la figura de María. Por eso al presentar en encuentro entre ambos personajes, el poema afirma la convergencia espiritual entre el arcángel y la joven de Nazaret: “Pureza / llamaba / a Pureza, / y eran / los dos / el mismo canto”. Y en seguida se presenta el ambiente natural que sirve de corona a dicho encuentro, por medio de una descripción pulida, hermosa y esencial: “Aun recuerdo / la Casa en paz, / los almendros / y aquel tiempo limpio”. (p. 198).

La cuarta secuencia de poema es rica en matices. Destacaremos solamente como se ha dicho antes, que el hablante —quien a esta altura del poema puede ser identificado con una voz angélica— profundiza en la figura de María como mujer predestinada a cumplir un rol único en la historia de la salvación: “Llegaba / el instante. / Lo supimos después. / Todo / había sido / al ser / suscitado / para aquél / instante. / Lo supimos después. / Todo se compuso / y se dispuso / por Padre / y nosotros lo ignorábamos”. Dicha predestinación es la que explica el perfil moral y espiritual de María en el texto, perfil que concuerda plenamente con lo que enseña sobre ella la teología católica: “Toda tú / eres bella / y mancha / no hay en ti, (...) -Fuente sellada / eres, / hermana mía, / huerto sellado” (p. 199-200). Es evidente, que David Mejía Velilla escribe este texto integrando estética y fe desde una ortodoxia asumida con conciencia y libertad. Es dentro de esta lectura creyente que puede entenderse la maravilla, el estupor del ángel que reconstruye la Anunciación:

Aun recuerdo
la casa en paz
y aquél aire
pacífico.
(...)

Aun recuerdo
el cielo
de aquel atardecer

podría describirlo
soñando junto al pozo,

mil años más
podría repetirlo
y volvería a hablar
de su pureza
en el aire

y en el agua,
de la tarde
en la luz que se detuvo
cuando ella dijo: - Sea,

en aquel aire
que después de llevar
la Voz
se marchó.

David Mejía hace uso de la imaginación poética, para reconstruir ficcionalmente este hecho fundamental en la axiología de un creyente como él. Y toda la armazón retórica es coherente con la perspectiva con la que quiere re-presentarse el fiat de María. Si mediante el sí de María, Dios puede entrar en la historia de un modo inédito e incisivo, no es de extrañar que la naturaleza misma se vea afectada, movida, turbada en su normal discurrir al momento de darse por efecto dicha operación redentora.

“Floración de marzo” culmina con una gran sencillez. Recreando con fidelidad la escena de la Anunciación y proponiendo ficcionalmente espacios, tiempos y circunstancias que permiten aferrar el acontecimiento imaginativa y afectivamente. En su reconstrucción, María se encuentra en oración cuando recibe la visita del Ángel, pero no es una oración meramente devocional, es una oración implicada y fundamentada. Implicada en cuanto abarca toda su persona y sus anhelos más profundos: “Y a Ella, / que se llenó de alegría / cuando Gabriel le dijo / que el Señor / iba a venir a su Casa. / Y la Casa era Ella. Y Ella / que nada sabía ni esperaba, / dijo: - Sea, / Y yo la oí sollozar / toda la noche / llamando: - ¡Emmanuel!” (p. 201). Oración fundamentada en el saber espiritual y en las expectativas históricas de su pueblo. Elementos presentes en el libro que el poema pone en manos de María: el Cantar de los Cantares. El texto, como se sabe presenta la relación entre Dios e Israel como un vínculo sponsal, es decir, como una relación de amor apasionado, fiel, exclusivo y personal. Y en la imaginación del poeta, es con ese trasfondo afectivo y espiritual que María recibe a Gabriel. María encuentra la Plenitud, es habitada por Él. Por tanto, una vez que Dios mismo la visita y hace de Ella su casa, no hace falta más leer sobre Él. Por eso es que el poema termina magistralmente, diciendo que María

(...) cerró El Cantar
y se extasió

para siempre
con Emmanuel. (p, 202).

Con “Floración de marzo”, David Mejía, permite al lector contemporáneo, entrar en diálogo con su dimensión personal como poeta y hombre creyente para el cual el cristianismo constituye una válida elección existencial y un ámbito fecundo de creatividad literaria. Es un texto que valora la sencillez, la mesura y la discreción (esa “difícil sencillez” que ponderaba José Martí), como piedra angular de una poética. Y es un espacio de reflexión o, mejor, de contemplación espiritual de un acontecimiento que

desde la fe cristiana, pero también desde la posibilidad del pensamiento humano, resulta asombroso y lleno de promesas. Sí, porque escribir hoy sobre la Encarnación, no es sólo retomar una Tradición literaria y religiosa, escribir un texto como “Floración de marzo”, supone apostar por una novedad. Pues como dice Elios Guiseppe Mori (2001, 144): “Y aquí es donde se manifestó la novedad. Dios no pasó entre los hombres, sino que se detuvo: no se dirigió a los hombres desde fuera, sino que se hizo humanidad y lo asumió todo desde dentro. Un Dios de los hombres que habla y actúa en el corazón mismo de la experiencia humana. (...)”. Este es el Dios que se hace “Tierra”, que viene a amar y acompañar, a hacerse Emanuel, Dios con nosotros. Este hecho abre a la historia humana a dimensiones infinitas. Pues como sigue diciendo Mori, con la encarnación: “La finitud humana sigue estando siempre disponible a ser signo incluso de la presencia personal de Dios. A pesar de seguir siendo el totalmente Otro, Dios se ha hecho hombre y hay que buscarlo por tanto en la realidad de los hombres” (ídem.).

Esta es la propuesta o el aliento axiológico que se desprende del poema y que viene a animar las búsquedas históricas del presente en el marco de conmemoraciones históricas centenarias. La contemplación de un Dios que florece, que se anuncia y entra en nuestra historia, nos lleva a comprometernos con el presente y a trascenderlo. Nos da la esperanza necesaria para leer el camino recorrido y nos da el empuje para la conquista de la libertad a la que todos aspiramos.

Referencias

- Barrio, J. M. (2004). *Elementos de Antropología Pedagógica*. Madrid: RIALP.
- Bouillard, H. (1984). “Trascendencia y Dios de la Fe”, en: A.A.V.V. *Fe cristiana y Sociedad moderna 1*. Madrid: Ediciones SM.
- Bouyer, L. (1990). *Diccionario de Teología*. Barcelona: Herder.
- Chevalier, J. (2000). *Diccionario de los Símbolos*. Barcelona: Herder.
- Giussani, Luigi. (2006). *El sentido religioso*. Madrid: Ediciones Encuentro.
- Mejía Velilla, D. (2004). *Canto Continuo*. San José: Promesa.
- Mori, E. G. (2001). “Anunciación del Señor”, en: Di Fiore (dir.) *Diccionario de Mariología*. Madrid: Paulinas.